

## PRESENTE Y FUTURO DEL SUDAN INDEPENDIENTE

EN la trayectoria actual del primer trimestre de 1956 y las posibles perspectivas del mundo árabe para el resto del año corriente, es indudable que la independencia del Sudán del Nilo constituye uno de los hechos esenciales e incluso desde varios puntos de vista, el más esencial. En efecto, Sudán no sólo inicia la existencia de un Estado más entre los emancipados de un pasado régimen de dependencia en el espacio geográfico continental africano, sino que desde el primer momento de su cambio de sistema de gobierno y de soberanía los dirigentes de Jartum han puesto un especial empeño en que su país llegue a ser uno de los principales puntos de enlace con el llamado «Próximo Oriente» u «Oriente Medio», del cual participa en algunos aspectos tanto como de lo africano tropical. A la vez que ante el sistema mundial de las Naciones Unidas quiere el Sudán constituir un factor activo del llamado bloque afroasiático.

En el número de estos CUADERNOS AFRICANOS Y ORIENTALES (entonces CUADERNOS DE ESTUDIOS AFRICANOS) correspondiente al primer trimestre de 1955 y bajo el título *Perspectivas actuales del Sudán en 1955*, se publicó un artículo en el cual se señalaron las principales etapas de la evolución de la cuestión política sudanesa, después de los grandes cambios que originaron las repercusiones de la revolución militar en Egipto, especialmente los diversos acuerdos que en El Cairo firmaron los gobernantes egipcios con Gran Bretaña y con los partidos sudaneses. También se hizo entonces referencia a los efectos de las elecciones de diciembre de 1953, cuya nota principal fué el triunfo de la coalición de los partidos unionistas proegipcios: se dió cuenta de cómo durante 1954 fué tomando forma un período de transición en el cual bajo la presidencia del antiguo Gobernador General inglés como poder moderador provisional, gobernaba en Jar-

tum el primer gabinete-puente sudanés presidido por el principal jefe unionista, Ismail el Azhari. Y, por último, se hizo notar, cómo las responsabilidades del poder en lo interno, junto con la evolución de la política de El Cairo en lo externo, fueron atenuando las primitivas ideas que el Azhari había defendido desde la oposición.

El posterior desarrollo a lo largo de 1955 significó una aceleración del cambio político que en Jartum se apuntaba por el apoyo de los diputados independientes del bloque unionista, así como por la acción moderadora de la poderosa cofradía musulmana Jatmiya o Mirganiya (afecta al unionismo pero con especiales adaptaciones al ambiente local). Tanto los independientes como los citados elementos religiosos opinaban que la tesis de la unión debía adaptarse a las preferencias democráticas y tradicionales sudanesas, así como a la labor de captarse la confianza de los habitantes de las tres provincias no arabizadas del sur. Y en el funcionamiento del gobierno provisional tanto como en la vida parlamentaria las antiguas frases de «integración con Egipto» y «unidad del Valle del Nilo» fueron siendo reemplazadas por las de «enlace con la nación de Egipto», «hermandad egipcio-sudanesa» y otras que tendían más al paralelismo que a la fusión.

Después que entre enero y marzo los principales acontecimientos locales fueron sobre todos los puramente representativos del reajuste parcial del Gobierno del Azhari, la conmemoración del segundo aniversario del acuerdo anglo-egipcio, y la reapertura del Parlamento, durante el paso de marzo a abril los principales bloques políticos tomaron posiciones decididas sobre la política de soberanía; siendo muy curioso observar que las reivindicaciones respecto a Egipto las planteó el proegipcio partido unionista mientras que las reivindicaciones respecto a Gran Bretaña fueron expuestas por el mahdista. La comisión parlamentaria del partido unionista elaboró un programa en siete puntos sobre el estatuto futuro del país, precisando que había de ser una república independiente completamente diferente de la república de Egipto, con su propio Jefe de Estado, su propio Gobierno y su propio parlamento de sistema democrático; aunque las cuestiones de la defensa común serían llevadas por un comité militar consultivo que tuviese un número igual de miembros egipcios y sudaneses. También solicitaba el comité parlamentario unionista que Sudán tuviese una moneda propia diferente de las libras egipcias e inglesa, y que los

intereses comunes egipcio-sudaneses fuesen aplazados para que los tratasen los futuros Gobiernos paralelos de El Cairo y Jartum. Por su parte los mahdisras centraban su actuación parlamentaria en la reclamación de que se acortase y acelerase el plazo previsto para evacuación de las tropas extranjeras.

Al comenzar abril las tendencias de los dos sectores políticos dierentes se unieron en una común petición de todos los parlamentarios de que ni Inglaterra ni Egipto tomasen parte directa en la celebración o la inspección de las elecciones para la definitiva asamblea constituyente que preveían los acuerdos anglo-egipcios; y que se emprendiesen rápidamente negociaciones con Londres y El Cairo para la «auto-determinación» después de las cuales habrán de retirarse las tropas no sudanesas en un plazo de tres meses.

Transcurrida una pausa de cuatro meses en la cual los políticos de Jartum aguardaban contestaciones completas de Londres y El Cairo a sus peticiones, se produjeron durante la segunda quincena de agosto los episodios de la sublevación parcial de algunas fuerzas de la policía del sur en el territorio de Juba; episodios que fueron exageradamente difundidos y amplificados por los comentarios de algunas agencias mundiales de información, pero que no tuvieron consecuencias políticas importantes. En cambio, ese rumbo hizo pasar inadvertido del Sudán afuera el acontecimiento verdaderamente esencial que fué la proposición hecha el 29 de agosto a Londres y El Cairo por el Gobierno de Jartum de que la formación de una Asamblea Constituyente (prevista por el acuerdo anglo-egipcio para después de la evacuación de las tropas extranjeras), fuese sustituida por un referéndum o plebiscito bajo inspección de una comisión internacional con representantes de la India, Pakistán, Suiza, Suecia, Noruega, Yugoslavia y Checoslovaquia.

Lo del plebiscito fué en apariencia muy bien acogido, tanto en Londres como en El Cairo; pero luego los dos Gobiernos, inglés y egipcio, comenzaron a desarrollar una competencia de influencias, tratando cada uno de encargarse de gestionar la composición de la comisión internacional de inspección. A la vez, dentro del Sudán se había producido un revuelo local después de que el partido unionista expulsó de su seno a su antiguo presidente jefe del Gobierno Ismail el Azhari. Luego, fué designado como nuevo jefe del unionismo Sayed Nureddín, quien acusaba al Azhari de que para ganarse el concurso

de los partidos separatistas en un plan de «pacificación» había abandonado los postulados esenciales del unionismo. Entretanto, el 22 de octubre, desfiló por las calles de Jartum el último batallón británico que quedaba en el país.

Entre septiembre y octubre la impresión predominante era la de que cuando paradójicamente Gran Bretaña se mostraba apresurada para retirar sus fuerzas y sus funcionarios, no había perdido posiciones en el Sudán, sino que, al contrario, las había ganado; pues a cambio de esos actos de efectivismo había conseguido un total control espiritual sobre los elementos gubernamentales, y podría ser que éstos facilitasen la futura inclusión del Sudán en la Commonwealth británica mundial. Esto hizo crecer el descontento de los unionistas contra el Azhari, y así se llegó en noviembre a la consecuencia de que el Gabinete de Ismail el Azhari fuese derribado en el Parlamento, después de una votación con 49 votos en contra y 45 a favor. Aunque el pretexto de la repulsa de quienes entonces derribaron al Gobierno Azhari fuese sólo un detalle sobre la aprobación del presupuesto. Volvió entonces a obrar una vez más el factor de la sorpresa que está resultando una de las más constantes características en la evolución sudanesa general. Cuando parecía que el Azhari iba a quedar eliminado intervinieron a la vez las llamadas «fuerzas ocultas» y los factores económicos. De las primeras fué esencial una sugestión del jefe supremo de la cofradía Mirghaniya respecto a la conveniencia de no olvidar aquel proverbio que aconseja la conveniencia de no cambiar de conductor en lo peor de la ruta; y de prolongar la confianza a quien como Azhari había impulsado el proyecto del referéndum o plebiscito que podría ser un gran ahorro de etapas en la independencia. En cuanto a los factores económicos, la disputa que Egipto y Sudán sostuvieron entonces por el reparto de las aguas del Nilo hacía en Jartum ganar terreno a los partidos netamente separatistas, los cuales trataban de buscar en esos pleitos del regadío pretextos para un mayor apartamiento de Egipto.

Pocos días después de haber sido derribado por el Parlamento fué el Azhari no sólo vuelto a nombrar sino ovacionado a la salida, y entretanto, entre bastidores, iba ganando terreno la idea de formar un Gabinete de coalición de carácter nacional, idea que, sobre todo, apoyaban los distintos jefes religiosos tradicionales. Incluso hubo una entrevista directa en la cual dichos jefes (antes opuestos entre sí) que-

daron totalmente de acuerdo en que las cuestiones del Sudán se resolviesen siempre en vista de las necesidades locales sudanesas, no en vista de la repercusión en el Sudán de la política de las grandes Potencias en el Próximo Oriente.

Uno de los aspectos políticos de la necesidad de no mezclar la evolución de la emancipación sudanesa con problemas de grandes potencias, fué la posibilidad, que en noviembre se vió clara, de que sobre los miembros de la comisión internacional prevista para inspeccionar el plebiscito, se hiciesen presiones en relación con la posición mundial de los países anglosajones o los del telón de acero; y que se relacionasen con proyectos de los primeros papeles que dentro del Próximo Oriente puede desempeñar éste o el otro Estados islámicos. Para soslayar tal inconveniente, después de la unificación de puntos de vista entre los jefes religiosos hubo una sugestión conjunta para que la independendencia sudanesa fuese en nombre de los sudaneses mismos. Tal sugestión fué obra del Jefe del Gobierno Ismail el Azhari, el de los independientes agrupados o moderados que es Mirghani Hamza, y los dos del separatista Umma y el proegipcio unionista (es decir, respectivamente Siddiq Mahi y Sayed Nureddín) antes de la oposición frente al Azhari, pero ahora de acuerdo con él en lo nacional. Así las cuatro mociones coincidentes que el 18 de diciembre presentaron ante el Parlamento de Jartum diputados de los grupos políticos mayores, sólo tenían por objeto dar estado jurídico legal a un hecho consumado desde el acuerdo de los jefes. Es decir, la total independendencia, que proclamó el Parlamento por unanimidad el 20 de diciembre.

Sin embargo, hasta llegar a la total efectividad del nuevo régimen en el cual los sudaneses no tengan ninguna inspección directa o indirecta y cuenten con su propio Jefe de Estado faltan aún varias etapas; especialmente la convocatoria de una Asamblea Constituyente que reemplace al actual parlamento de transición. Hasta ahora se cree en Jartum que las elecciones para dicha Asamblea podrán celebrarse entre abril y mayo. Entretanto siguen funcionando todos los organismos y servicios, excepto los del Gobierno General inglés cuyo titular ha entregado el mando a una Junta provisional de cinco notables sudaneses representantes de los mayores núcleos de opinión.

Al mismo tiempo, todos los países que tenían en Jartum agencias de obsevación se han dado prisa en irlas transformando en representa-

ciones de carácter diplomático. Y el Gabinete del Azhari ha solicitado el ingreso de su país en la O. N. U.

Ha seguido así al período de transición propiamente dicho un segundo período de transición en el cual la independencia de hecho tiene un compás de espera en tanto se establecen las instituciones definitivas; de las cuales sólo hay hasta ahora acuerdo general en la forma republicano-demócrata. E inicialmente el mayor tema de curiosidad es de cómo quedarán las relaciones del flamante Estado del alto Nilo con sus antiguos tutores de Londres y El Cairo.

Sobre el factor británico lo más sorprendente fué que los actos públicos con que comenzó la independencia lo destacaron en vez de anularlo. Desde 1953 dicho factor pareció irse apagando, pero el relevo de poderes ha permitido a los británicos un nuevo reforzamiento de los efectos morales iniciados desde septiembre de 1955. A pesar de que la sudanización sólo ha dejado ciento cincuenta y tres funcionarios ingleses en un país donde antes de la segunda guerra mundial eran en mayoría británicos los servicios administrativos y gubernamentales, Gran Bretaña tiene también a su favor el que no quede en Sudán hoy ningún funcionario egipcio; el que los cuadros administrativos locales de sudaneses estén formados por métodos ingleses; y el que la parte del comercio exterior del país sea con países de la Mancomunidad británica. En cambio son factores en contra el de que Sudán no piense formar de ningún modo parte de la Commonwealth (según ha dicho el ministro sudanés del Exterior Mubarak Zarruk), y el de que el ejemplo de la existencia del Estado sudanés puede acelerar los movimientos nacionales negros en territorios británicos cercanos.

Es, pues, posible que entre Sudán e Inglaterra las ventajas iniciales de esta gran potencia tiendan a atenuarse. En cambio con Egipto la evolución puede ser inversa, pues si todo el terreno perdido por el unionismo después de las elecciones de 1953, los pleitos constantes sobre el reparto de aguas del río, y el mismo hecho de que Sudán haya quedado convertido en un Estado diferente, son la parte adversa a Egipto que ahora se nota con más fuerza; pero los factores geográficos regionales trabajan en un sentido favorable a la busca de nuevas fórmulas para una unidad del Nilo, más o menos estrecha. Por lo pronto puede observarse que cuando un prohombre sudanés se queja de las diferencias de puntos de vista de los gobernantes de su

país con los de Egipto, lo suele hacer en El Cairo y no en ciudades contrarias; pues en Jartum no se pretende polemizar tanto como buscar terrenos de discusión que sólo en El Cairo pueden encontrarse. Asimismo es cierto que las mayores perspectivas del desarrollo económico sudanés están en lograr una salida al Mediterráneo que sólo se logra por Egipto. Y sobre todo está la cuestión de la Liga Árabe.

Poco después de que tuvieron lugar la proclamación hecha por el Parlamento de Jartum y los actos de izar la bandera sudanesa con sus fajas horizontales de colores amarillo, azul y verde, salió para El Cairo el citado ministro del Exterior Mubarak Zarruk para solicitar el ingreso en el organismo interarábigo; ingreso que fué aprobado por el Consejo de la Liga en su sesión del 23 de enero por verdadera aclamación unánime. Después de esta adhesión ha comenzado a apuntar sus efectos, tanto en lo referente a la Liga en general, como al Sudán en particular.

Sobre la Liga, la entrada del nuevo miembro ha desplazado el eje general de ella desde el sector palestín que lo era antes, hacia el sector africano, y el punto medio de dicha Liga (se ha corrido o va a correrse) hacia el Valle del Nilo. De esto la primera prueba evidente es de carácter estadístico. Entre los nueve miembros de que ya consta el organismo interarábigo, los seis del lado llamado «asiático» (Líbano, Siria, Jordania, Iraq, Saudía, Yemen) suman en conjunto veintidós millones de habitantes. En cambio los tres del lado llamado «africano» (Egipto, Sudán, Libia) suman treinta y dos. Y en cuanto a la extensión, los del lado asiático cubren 2.518.645 kilómetros cuadrados, y los del africano 5.200.205.

Este corrimiento del mayor núcleo de la política árabe hacia el oeste resulta una de las aportaciones positivas que el nuevo régimen del Sudán da a Egipto indirectamente; pues refuerza la vinculación de los organismos administrativos y las comisiones técnicas de la Liga con la ciudad en que está instalada. Además sirven para acentuar la irradiación de las influencias egipcias sobre los países maghebíes del Norte de Africa propiamente dicho o Berbería, puesto que los sudaneses y los norteafricanos tienen muchos elementos de enlace especial, como, por ejemplo, el de pertenecer unos y otros al rito malekita dentro del Islam general.

En el mecanismo del funcionamiento de la Liga se prevé también que la aportación sudanesa puede aportar modificaciones interesantes,

especialmente la de la moderación; pues se cree que los delegados sudaneses en el Consejo y la Comisión Política podrían desempeñar sobre todo el papel de limar asperezas entre las dos tendencias polémicas internas de la Liga que representan el Gobierno militar supranacional de El Cairo y el Gobierno más fundamentalmente anglófilo que el es de Bagdad. Hasta ahora el papel de intermediario, consejero prudente y suavizador de asperezas lo venía desempeñando sobre todo Líbano (secundado de vez en cuando por el Yemen) país que suplía su escasa densidad estatal por el agudo cerebralismo típico de los políticos de Beirut. El Sudán podría secundar al Líbano con mayor eficacia; no sólo por ser un país mayor, sino porque si de una parte en el seno de la Liga sus intereses generales coinciden con los egipcios (especialmente respecto al neutralismo) la formación técnica netamente inglesa de los de Jartum les hace también propicios para tratar con los gobernantes del régimen actual en Iraq.

Sobre los efectos de la incorporación a la Liga en lo sudanés interno se nota que aumenta la solidez del poder central establecido en Jartum ante los fermentos secesionistas que respecto al Sudán del Norte pueden quedar en las provincias tropicales del Extremo Sur. Esta incorporación evita el aislamiento del país del Alto Nilo al pegarle a un bloque con el cual enlaza a la vez por el Norte, el Oeste y el Mar Rojo; y hace innecesario que en el texto constitucional figure la declaración de que «Sudán es un país árabe» (como piden algunos diputados del sector unionista); con lo cual Sudán puede conservar su otra faceta negra que le es muy útil para un papel continental, del cual se notan ya los primeros síntomas alrededor de la línea del Ecuador. Es esto una prueba característica entre otras pruebas, la frecuencia con que en la prensa colonial francesa de los últimos meses se trata del poder de atracción ejercido por Sudán sobre lo musulmanes de A. O. E., sobre todo por medio de los ex peregrinos a la Meca que toman por Jartum el camino de regreso. Sin olvidar la atracción del Sudán independiente sobre tribus enteras, como los «Fellata» del A. E. F. que pasan por la frontera clandestinamente para ir a los campos de algodón del Nilo blanco.

Las dos tendencias del arabismo y el negrismo pueden tener su punto de confluencia en una constitución sudanesa federal, dentro de la cual las provincias del Sur actúan sobre los sectores coloniales y las del Norte lo hagan hacia El Cairo o Arabia. Siendo precisamen-

te ese tema del federalismo aquel en torno al cual se centran los proyectos más discutidos en este período preconstitucional.

Queda por último la perspectiva de los rumbos sudaneses mundiales. Pero sobre eso ya constan las repetidas declaraciones del Azhari y sus ministros responsables de que, aunque Sudán no se adherirá a ninguno de los dos grandes bloques soviético y anglosajón, procurará cooperar a las gestiones pacificadoras, actuando en el seno de los países del llamado «bloque afro-asiático» en las Naciones Unidas.

RODOLFO GIL BENUMEYA

